

APORTES A LA CONCEPTUALIZACIÓN Y GESTIÓN DEL HÁBITAT POPULAR A PARTIR DEL TRABAJO DE EDWIN HARAMOTO

Joan Mac Donald Maier

En primer lugar, deseo agradecer muy especialmente a la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile este reconocimiento, en especial a su Decano y a los compañeros y amigos del Instituto de la Vivienda que pensaron en mi al momento de proponer candidatos. Me emociona que ello suceda cuando se instaura la Cátedra que llevará el nombre de mi colega y amigo Edwin, a quien debo gran parte del interés y la pasión que he dedicado a mi trabajo en el campo del Hábitat Social.

Edwin "siempre estuvo ahí" en este tema del que abarca - o debería abarcar - ámbitos que trascienden lo académico para impactar las políticas, el desarrollo de nuestras ciudades y sobre todo, el progreso y bienestar de nuestra gente. Estuvo ahí en las buenas y en las malas, cuando la vivienda social era considerada "arquitectura con minúscula", incluso "subversiva", o cuando tuvimos algún espacio - nunca tanto como nos habría gustado - para colocarlo en la docencia, en la investigación, en los diseños de políticas y otros ámbitos importantes para el desarrollo del país. Edwin fue para mí - y para muchos otros colegas - un punto de referencia, un compañero de trabajo, un interlocutor que nutría nuestro interés por aprender más, convencido (a veces tozudamente) de sus ideas al momento de confrontarlas, pero siempre abierto a dialogar y estimular la búsqueda de nuevas dimensiones o comprensiones del fenómeno del hábitat sobre la base de información y conceptos claros.

Información, análisis, conceptos y operación

Aprendí de Edwin muchas cosas. Por ejemplo, sobre la importancia de estudiar y documentar opiniones y acciones, actitud que no solo reflejaba su auténtica curiosidad por lo que otros escriben y piensan y así enriquecer su propio bagaje cognitivo. Era acucioso en la investigación también para afirmar sus posturas o fundamentar sus discrepancias. Ante su actitud reflexiva y documentada, las opiniones ligeras o antojadizas no resistían, lo que hacía bien difícil "ganarle al Edwin" un argumento si uno no se apertrechaba con datos actualizados y creíbles. Su abordaje sistémico -con esas matrices en que intentaba comprender y hacer comprensible diferentes políticas y programas- hacía posible destacar

semejanzas y diferencias, así como las variables que en ellas intervenían o deberían considerarse. Tarea difícil en esto del hábitat social, donde el sustrato teórico y práctico de las políticas sectoriales lo sabemos débil y fraccionado, y las decisiones se toman con tanta frecuencia considerando factores de conveniencia o improvisación.

Sin embargo, en los momentos en que he tenido alguna responsabilidad de gestión de políticas de vivienda y desarrollo urbano, nada me ha sido más útil para diseñar u operar programas que una buena base conceptual. Compartíamos con Edwin la idea de que un buen conocimiento teórico es útil, yo diría indispensable, para la práctica, y él lo entendió así abriendo su baúl de conocimientos y estudios con generosidad a quien se lo pidiera, en comisiones y grupos de estudios de diversos gobiernos y ámbitos. Entendía muy bien que la investigación que se genera en las aulas y universidades no sirve solo para nutrir libros, escritos y tesis doctorales, sino debe ser insumo esencial para la toma de decisiones... lo que a su vez impone exigencias de calidad a la producción académica, de modo que ella colabore en tareas tan importantes como es la provisión de un techo a los más pobres, en países donde las necesidades generalmente son mayores que los recursos.

Conocimiento al servicio de la acción

También rescato su interés por acumular, sumar conocimiento desde diversas fuentes, para así construir un fundamento teórico firme y consensuado para abordar los complejos desafíos que enfrenta hoy la gestión del hábitat y el territorio. A veces nos tentamos -como investigadores individuales- a preferir temas novedosos, que están de moda, explorar campos exóticos a partir de inquietudes muy particulares, y nos cuesta "hacer la pega" de contribuir a ese sustrato teórico y operativo que hace falta para abordar asuntos relevantes y urgentes. Constatamos que se plantean las mismas preguntas de hace 10 o 20 o 50 años y se reinventan programas -con otros nombres- arrancando desde cero allí donde era posible aprovechar las lecciones del pasado. Edwin documentaba, relacionaba, comparaba, en sus matrices y escritos, con la esperanza de que alguna política habitacional reconociera el enorme bagaje de experiencias que se han acumulado en nuestro país, y que tan poco utilizamos.

Hay que reconocer, sin embargo, que poco o nada puede hacer desde la academia para dotar al campo de la vivienda social de conceptos, hipótesis o sistematizaciones, si del otro lado los que adoptan decisiones no los perciben como aportes para actuar mejor, sino como amenazas y cuestionamientos a lo que ellos están haciendo. Se esperaría sobre todo de los organismos públicos encargados de montar y operar programas que son de alto costo e impacto, una

actitud receptiva, atenta a los avances y descubrimientos. Pero eso no siempre sucede, cuando los que asumen estas responsabilidades parecen percibir que no hace falta conocer más para realizar una buena gestión del hábitat, sino que bastaría con el sentido común, la determinación y recursos suficientes. Esta percepción, que ha sido un freno a la innovación en materia de vivienda social, probablemente se debe a que los efectos de la improvisación o de los desaciertos no se acusan tan nítidamente como en otras áreas. En un mundo que avanza de manera dinámica y en que surgen cada día conceptos y tecnologías que traspasan fronteras, me parece que el aparato de gestión se muestra renuente a los cambios profundos, demasiado apegado al "no se puede" que emana de una normativa a veces asfixiante. Podríamos llamar "la desventaja del adelanto" lo que le pasa a una política de vivienda de gran riqueza, que fue exitosa y es estructurada, pero que justamente por ello prefiere no arriesgar cambios para acoger los desafíos emergentes.

Proceso habitacional

Coincidimos con Edwin, cada cual desde su perspectiva, en que el hábitat social -incluyendo en este concepto desde la unidad de vivienda a la ciudad de los más pobres- debe entenderse como un proceso y no un producto. Desde esa perspectiva aparecen diversos actores del proceso -no solo los que construyen casas- en cuyo centro y foto situamos a los habitantes. Sus estudios sobre satisfacción residencial han sido el comienzo de una línea de trabajo académico y operativo en esta Facultad cuyas implicancias político-técnicas son importantes. Hoy es necesario avanzar más, para dar protagonismo a los habitantes, y no a la empresa que hace las viviendas. En los países del mundo en desarrollo, los llamados arquitectos de comunidades optan por el servicio a los más pobres, trabajando no para, sino con ellos. La profesión de arquitectos empieza a reconocer un nuevo ámbito para el cual va a ser necesario preparar desde la docencia nuevos valores, competencias y habilidades que permitan a los jóvenes colegas ocupar esos espacios.

Entender el hábitat popular desde una perspectiva de proceso también conlleva la necesidad de articular sus diferentes niveles. ¿Cómo podría haber una buena habitabilidad en mi vivienda si habito en un barrio inhóspito o en una pésima ciudad? ¿Puedo imaginar una buena calidad urbana si en mi vivienda no encuentro condiciones básicas para vivir y convivir con mi familia? Como mencionaba Edwin de forma tan humana y sencilla en un libro que escribimos en 1983,

"una vivienda que ofrezca condiciones sanitarias y de resguardo mínimos, protegiendo al habitante del agua, la lluvia, el frío y el viento... una

estructura sólida, perfectible y durable... que tienda a superarse mediante el crecimiento progresivo... complementada de equipamiento social para dar solución a problemas que trasciendan lo familiar...".

Y nuevamente la convicción profunda, basada en sus estudios y seguimientos, de que "es posible un mejoramiento progresivo mediante el esfuerzo compartido entre pobladores y autoridades, quienes son responsables de acompañar estos procesos". Es bueno ver que la preocupación por la participación, el entorno habitacional y los barrios se haya encarnado en el trabajo del INVI, que ha entregado material valioso para un mejor diseño de espacios y servicios públicos.

Aún persiste el desafío de articular mejor en la academia y en la realidad, por ejemplo, la gestión habitacional con el urbanismo. En un plano más amplio que quizás Edwin no alcanzó a percibir en toda su pujanza, el mundo en desarrollo se presenta cada vez más como un conjunto de territorios, ciudades, comunidades que pueden compartir conocimientos, experiencias, organizar alianzas y establecer cooperaciones. Mi invitación a la Cátedra que se forma es a acoger con entusiasmo la posibilidad de abrir las fronteras y constituirse desde Chile en una instancia de activo intercambio entre países que emprendieron caminos diferentes o inician su trayectoria habitacional y urbana.

Responsabilidad pública

Un tema que ocupó muchas de nuestras reflexiones conjuntas fue el rol que le corresponde al sector público en nuestro campo, en que privatización parece ser entendida como sinónimo de modernidad y eficiencia. ¿Cuáles han sido los costos y beneficios concretos del tránsito desde un sector público presente y activo hasta los años 60 y 70, a otro que confía en que las normas e incentivos harán que el sector privado tome las mejores decisiones para un desarrollo territorial, urbano y habitacional justo e inclusivo? ¿Cuáles son competencias y responsabilidades públicas indelegables para garantizar condiciones mínimas de acceso a los que no tienen techo, o de inclusión y justicia para todos en nuestras ciudades? En un plano más contingente, ¿debió externalizarse al grado que se hizo, la responsabilidad por atender la emergencia del terremoto y tsunami, con consecuencias que solo intuimos? -acá nos falta la acuciosa indagación de Edwin sobre lo que debió atenderse y lo que efectivamente se hizo, para proporcionar a la sociedad un panorama agregado y útil de lo realizado. ¿Por qué podría ser más aceptable, cuando la emergencia sucede en el campo del hábitat, una actitud tan apegada a los procedimientos e instrumentos pre-existentes, que cuando nos enfrentamos a una tragedia en el sector minero? Añoramos la importancia política y humana, los planes A, B y C

para minimizar riesgos y apurar resultados, la información para todos, al minuto y al centímetro de los avances logrados, la focalización de todo esfuerzo es un resultado concreto más que en cuanto va a costar o quien falló o por qué no se puede.

La reconstrucción podría haber sido una gran oportunidad para recomponer los territorios de modo que ofrezcan más oportunidades a todos; me parece, con los fragmentados datos que he obtenido, que no lo está siendo en la medida posible porque se arrastra en el tiempo, porque no hay -o al menos la comunidad no percibe- presencia clara de un sector público que se la juega por plazos concretos, convocando a que empujemos todos en el mismo sentido. Era la oportunidad para abrirse a nuevas estrategias lideradas por las comunidades, a la gestión participativa, a la creatividad, innovación y tecnologías de punta que tantos otros países del mundo han incorporado en el manejo post-desastres.

Íconos: el subsidio habitacional

Observando lo que sucede en otros países y continentes, y también acá, estamos hoy discutiendo aspectos como el subsidio habitacional, un verdadero ícono de nuestra política habitacional reciente, exportado a otros países como la respuesta a todos los males. Sin embargo, hace falta una revisión. Edwin ya lo hacía en los años ochenta, refiriéndose a la modalidad de producción de vivienda que se imponía en la época, cuando el mercado era endiosado como la única vía para lograr eficacia y eficiencia en el empleo de recursos. Analizaba los ajustes en la producción y el acceso a la vivienda producidos en 1980, que determinaron que una vivienda de 25 m² subiera en su costo al usuario desde 225 a 330 UF:

"... es conveniente meditar sobre el hecho inicial que significó un encarecimiento de un 50% de una misma solución al pasarse de un sistema de concurso oferta y de llave en mano en que los riesgos, el financiamiento y la distribución... estaba en manos del sector público, a un sistema de oferta de las empresas constructoras al usuario directamente a través del mercado. Por muchos argumentos (que se consideren)--- lo cierto es que para el usuario la vivienda básica está disponible a un valor más alto y eso es lo que finalmente interesa".

Es cierto que el sistema ha experimentado ajustes permanentes que han corregido algunas limitaciones iniciales de esas primeras modalidades de subsidio, pero quiero destacar ese estilo contundente con que Edwin mantenía el foco en el habitante "que finalmente es quien interesa", y no en los instrumentos como tales.

Hoy nos preocupan otros efectos del modelo, por ejemplo, sobre la capacidad de producción de hábitat que exhiben los sectores populares. En países donde el Estado empieza a ofrecer subsidios para concurrir a una oferta de parte del sector constructor convencional, se ha producido un desgaste en las destrezas y posibilidades de los pobres para encarar muchos asuntos relacionados con su alojamiento, o al menos contribuir a hacerlo. En Chile, hace tiempo que ello sucedió. Me preocupa ver cómo se instala y acentúa una dependencia recíproca en que el pobre todo lo exige del gobierno -a costas de su autonomía- y éste a su vez promueve dicha dependencia para aparecer como un gobierno protector y generoso. Ejemplos hay muchos en el proceso post-terremoto. Esta crisis habría sido una oportunidad para abrirse a estrategias innovadoras, efectivas y eficientes, que surgen en el mundo de la convergencia de diversos actores, con las propias comunidades a la cabeza. En estas estrategias no hay uno que da y otros que reciben, sino transferencias recíprocas de todo orden -en conocimientos, asesorías técnicas, recursos, liderazgos, etc.- basadas en lo que cada cual puede aportar, y no solo en lo que va a exigir que le den. Haramoto anticipó y conceptualizó esta forma de abordar el hábitat, a partir de redes con múltiples competencias y responsabilidades. En vez de recurrir a modelos simplistas y lineales, asumió la complejidad propia de la construcción de ciudades, barrios y viviendas, y se esforzó por darle una coherencia a esa complejidad.

Universidad y arquitectura

No podría terminar estas palabras sin resaltar otra vez la pasión de Edwin por la Universidad, donde se desempeñó en tan diversas responsabilidades. Aunque también he estado vinculada a la docencia durante mi trayectoria profesional, reconozco que no tuve su paciencia para soportar períodos en que el tema de la vivienda social no era valorado o comprendido. Edwin, en cambio, aprovechaba esos momentos de baja popularidad para centrar sus esfuerzos en la investigación y así acumular material para épocas mejores. Mi reacción fue -muchas veces- una rebelión apasionada que me llevó a abandonar aulas cuando sentía que no era bienvenida nuestra disciplina entre las autoridades académicas. Cuando miro hacia atrás reconozco que la actitud de Edwin fue más responsable, certera y efectiva, porque permitió acumular pensamientos, formar a generaciones de jóvenes estudiantes, ansiosos de aprender sobre ese tema y sembrar las reservas conceptuales y prácticas que sus alumnos esperaron aplicar luego, cuando los tiempos fueran propicios.

En este sentido, creo que Edwin nos deja una tarea importante. No hemos hecho bastante para establecer reales oportunidades de trabajo a estas generaciones de arquitectos a quienes entusiasamos en nuestros talleres y

seminarios para que se incorporen al servicio de los que nos necesitan (los pobres) y no solo de los que nos pueden pagar. El arquitecto que opta por trabajar con las comunidades en tugurios y campamentos no puede ser sólo "una buena persona" que desea ayudar mientras pueda hacerlo. Si queremos retenerlo allí y ofrecer oportunidades de desarrollo profesional, es necesario ir más allá del voluntariado y la beneficencia y convertir este campo en una posibilidad real de ejercicio profesional permanente. Esta es una tarea que convoca no solo a la Universidad sino al sector público y a la comunidad de arquitectos. Mientras ello no suceda, es probable que los jóvenes arquitectos "con sentido social" perduren por algún tiempo en estas ocupaciones y luego tengan que optar, ya sea por quedarse en la Universidad -lo que tiene un límite- o tratar de insertarse entre los llamados "arquitectos de torres de cristal".

Palabras finales

Recibo esta medalla en nombre de muchos colegas, amigos y colaboradores que hemos dedicado nuestra vida profesional a tratar de ayudar a que los más pobres puedan acceder a condiciones tan básicas como las que mencionaba Edwin: protección de la lluvia y el viento, tranquilidad, agua limpia, posibilidad de mejora futura, etc. No es un campo profesional fácil de ejercer, y bien sabe mi familia y los colegas que trabajan en él, de las dificultades de todo orden que acarrea esta vocación de reconocimiento externo fluctuante y construcciones modestas. Poner nuestros conocimientos profesionales al servicio de la población de escasos recursos requiere desarrollar habilidades y destrezas que no forman parte de nuestra formación original, por lo que es necesario incorporarse "sobre la marcha".

Desde mi trabajo actual en SELAVIP siento que trabajar en lo que a uno le apasiona es un privilegio. ¿Cómo no va a serlo, por ejemplo, sentarse en un ger mongol con una familia en la estepa para ver cómo mejorar la aislación de su casa cuando la temperatura baja a menos 40 grados en invierno, o aportar ideas a una comunidad en alguna populosa ciudad asiática para mejorar su tugurio, o participar con las mujeres de Malawi en la ceremonia "de apropiación del suelo" en que corremos juntas de un extremo a otro del lote en que van a construir sus casas, o recibir un correo de algún ex alumno desde China, Mali o Nicaragua que me cuenta de su primer proyecto?

Se abren tantas posibilidades para que los arquitectos podamos desplegar alas y entregar nuestro esfuerzo y conocimiento a la construcción de un mundo más justo. En esta nueva cátedra podrían generarse conocimientos sólidos y una buena base teórica para hacerlo en serio. Valorar a académicos como Edwin que dedicaron su vida a esta tarea es un gran paso en este camino. Los invito a

cuidar, ampliar y proyectar este trabajo más allá de las fronteras del país para construir en Chile y también en otras partes, ciudades con esperanza, barrios solidarios y viviendas que permitan a los más pobres soñar con un mejor futuro.

Felicito a la Facultad por haber tenido la visión y decisión de crear este espacio académico de enormes proyecciones. En lo personal, este reconocimiento reafirma mi compromiso de perseverar en la senda que recorrimos junto a Edwin Haramoto y a muchos otros amigos acá presentes, tratando de poner nuestros esfuerzos al servicio de los que menos tienen.

Muchas gracias

Conferencia dictada por la arquitecta Joan Mac Donald Maier en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile tras recibir el Premio Edwin Haramoto Nishikimoto

Santiago, 20 de octubre de 2010.